



ROMERO, EL SANTO DE LOS POBRES

Xinhua

Óscar Arnulfo Romero y Galdámez combatió a los militares en El Salvador, fue ignorado por Juan Pablo II cuando acudió a él para denunciar la ejecución de religiosos y la represión en su país. Tres décadas después de su asesinato, un nuevo Papa lo ha declarado mártir y ha ordenado su beatificación.

ISMAEL LÓPEZ

SAN SALVADOR.- Armando Huezo, un zapatero de 78 años, arrasta con dificultad sus pies enfundados en unas zapatillas negras brillantes. Como cada domingo, baja las escaleras de la Catedral Metropolitana de San Salvador para llegar al sótano donde se encuentran los restos de monseñor Óscar Arnulfo Romero, declarado mártir por el Papa Francisco y próximo santo de la Iglesia Católica romana.

Frente a un monumento de bronce de 2.5 metros de largo, por 1.80 de ancho,

que simula a Romero subiendo al cielo, el anciano se arrodilla, se persigna y llora.

En el sótano oscuro y caluroso, que hasta el año 2000 estuvo cerrado al público, hay afiches y frases enmarcadas de las homilías que pronunciaba Romero antes de que los escuadrones de la muerte lo asesinaran, el 24 de marzo de 1980, mientras oficiaba una misa.

—Querían que olvidáramos su memoria —dice Teresa Alfaro, una laica que junto a otras mujeres pugnó en el año 2000 para abrir el sótano que ahora es conocido como la “Parroquia de abajo”.

Todos los domingos a las 10:00 horas, en el sótano se oficia una misa

frente al monumento de Romero.

Aunque en el salón principal de la catedral se ofician otras misas en el transcurso del día, Armando Huezo —al igual que muchos salvadoreños— prefiere ir a la “Parroquia de abajo”, con todo y la dificultad para bajar las escaleras.

—Éste es nuestro santo, san Romero de América. Nunca me perdí sus misas —dice, señalando el monumento.

Las homilías dominicales de Romero se convirtieron en verdaderos actos de denuncia pública de asesinatos, desapariciones y torturas cometidas por el régimen militar.

Quienes no cabían en la catedral, es-

cuchaban al religioso por la YSAX, la radio del Arzobispado, que arrasaba en audiencias: 75 por ciento de la población campesina y el 50 por ciento de la capital la sintonizaban en el momento de la misa.

Por 20 años, la Conferencia Episcopal Salvadoreña lidió con la sombra de Romero asesinado, y lo mantuvo oculto en este sótano.

—Para el año 2000, cuando se cumplieron los 20 años del martirio de Romero, nosotros peleamos para que esto se abriera —relata Teresa Alfaro.

—Era una bodega llena de ripios, tiraban aquí lo que no servía, había puro